
EN FAMILIA

Para festejar en el presente año el onomástico del señor Rector, día de júbilo para el Colegio, los superiores y alumnos acordaron que a las 9 de la mañana se cantase una misa solemne en nuestra capilla, con asistencia del Ilustrísimo señor Perdomo, quien revestido de medio pontifical dio a la ceremonia religiosa el realce de su presencia. A la misa, que cantó el señor Vicerrector, acompañado de los presbíteros Angarita y Pardo, concurrió la comunidad en traje de uniforme, y un gran número de damas y caballeros amigos del Rector, deseosos de manifestarle su adhesión y simpatía.

En las horas del medio día se congregaron en el claustro principal los profesores del Colegio y un grupo selecto de amigos e hijos del claustro, en quienes el amor por el Instituto, lejos de entibiarse, crece cada día por más distantes que se encuentren. En medio de la más grata cordialidad se sirvió un suntuoso banquete en el refectorio, amenizado por una de las orquestas de la ciudad. A la hora del champagne, el doctor Abadía Méndez, consiliario y catedrático, comisionado por el claustro para ofrecer la fiesta a Monseñor Carrasquilla, pronunció las siguientes palabras que tradujeron exactamente el sentimiento de los presentes:

«Señores:

La esfera terrestre que habitamos, en su constante giro al rededor del astro-rey que la retiene a sus alcances para alumbrarla con sus resplandores y vivificarla con su calor, viene a ocupar en algunas de sus revoluciones, que hemos convenido en llamar días, exactamente la misma posición que había ocupado en la circunvolución precedente apellidada año.

Y por una concatenación muy explicable entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu, establecida lógicamente por los hombres, ora obren individualmente, ora de modo colectivo dentro de la amplia órbita del Estado, o de la más restringida de la familia, sucede también que muchos de esos días y algunos con especialidad, vienen a colocar nuestro ánimo en un estado enteramente igual al del año anterior dentro de la eclíptica moral del sentimiento. Tal acontece há ya muy largo tiempo en esta ilustre corporación denominada Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario con el 24 de octubre, día onomástico del varón eximio que durante un tercio de siglo ha venido rigiéndola con mano firme a la par que cariñosa.

Y esa persistencia en todas sus aficiones y disciplinas es el rasgo moral más hermoso que hace siglos ofrece este Colegio y en la cual estriba su fuerza incontrastable y le augura una vida que podemos calificar de perdurable. Porque aunque, como toda institución humana, está sujeta a las naturales vicisitudes de aquellas y le ha tocado correr recias tormentas, de todas ha escapado indemne y en su escudo podemos grabar el lema que ostenta en el suyo la vieja Lutecia: *fluctuat, nec mergitur*; lo sacuden las olas pero no zozobra, porque lo salva su fidelidad, una fidelidad profunda e inextinguible que, a semejanza de ciertos metales de reciente invención, irradia vivamente en todas direcciones y con igual intensidad, sin que parezca mermar un solo ápice el foco generador: fidelidad a su Dios; fidelidad a su santa patrona; fidelidad a la memoria de su venerando fundador y a las sabias constituciones con que éste quiso dotarlo; fidelidad a las cristianas enseñanzas que él ordenó dictar; fidelidad a su dignísimo señor Rector y a los que con él comparten su benéfica labor.

Monseñor Carrasquilla: siguiendo las piadosas tradiciones de vuestro hogar cristiano y las inclinaciones de vuestra mística naturaleza, quisisteis cubrir vuestro cuerpo con las negras vestiduras con que se cubren los cristos del Altísimo, renunciando a los hijos de la carne y a la propagación de vuestra estirpe, una de las más nobles funciones delegadas por el Creador a su criatura y que a El la asemejan, porque la generación en nuestras limitadas facultades puede equipararse a la creación.

Pues bien, el Señor aceptó vuestro sacrificio, pero quiso compensároslo con largueza, permitiéndoos en cambio hijos del espíritu, por millares y millares, con fecundidad imposible de alcanzar en el orden de la física generación. Esos hijos vuestros de la hora presente me han confiado el cometido, muy grato a mi corazón, de ofreceros en este día el tributo de su afecto; a mí, que también pertenezco a la familia rosarista, a mí, que también tengo derecho a ostentar ufano sobre mi pecho el glorioso escudo de Calatrava y que abrigué mi adolescencia bajo este techo protector, y que si no tuve la honra de ser vuestro discípulo, la tuve, y muy grande, de serlo de vuestro preclaro genitor, pudiendo por ello dar testimonio de ser verdadera aquella sentencia del poeta, de que los fuertes son creados por los fuertes y los buenos; que el paterno vigor se perpetúa en los potros y toretes, y que jamás las altaneras águilas empollaron tímidas palomas.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, no menos afortunado que Tobías, el hijo del varón caritativo, ha disfrutado el favor de que Dios le deparara un enviado que le acompañase en un largo viaje que tenía por objeto recuperar el depósito que el fundador había constituido para provecho de su obra y que por tiempo dilitado y causas bien conocidas, había ido a parar a ajenas manos.

Conseguido aquel propósito, no una sola vez, sino año por año, los hijos del Colegio nos congregamos regocijados a celebrar tan fausto suceso.

Y hé aquí por qué, no solamente a estilo pagano os invito a alzar esta copa de licor en honor de Monseñor Carrasquilla, sino que también a usanza cristiana os convido a levantar nuestros corazones para pedir a Dios la salud, felicidad y larga vida de la obra más perfecta realizada por mi ilustre maestro, el señor don Ricardo Carrasquilla, y del Rafael que de lo Alto fue enviado a acompañar al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en un tan largo trayecto de su peregrinación y a restituírle tan preciado depósito.»

Monseñor Carrasquilla, expresó su íntimo agradecimiento por esta muestra de cariño con las frases que a continuación copiamos, en las cuales brilló por modo singular la mejor oportunidad para hacer de estas fiestas algo espiritual donde todos los afectos se funden en el amor al Colegio del Rosario.

«Señores:

Dios, infinitamente justo y misericordioso, al privarme de personas muy caras a mi corazón, pareció disponer que yo rindiera la última jornada de la vida solo y en tinieblas; mas luégo se apiadó, enviándome un rayo de luz y derramándome unas gotas de bálsamo en el alma, porque me recordó que el Padre celestial está de un modo especial con los que sufren; que los afligidos tienen por madre a la Madre de Dios; que aún me quedan seres queridos en quienes reconcentrar mis afectos de familia, y tengo otra, a la cual me ligan, no los percederos lazos de la carne, sino los vínculos infrangibles del espíritu: el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Carácter distintivo de este instituto es el formar una gran familia a través del tiempo y del espacio, realizando el ideal del gran Newman, quien considera el colegio cristiano un nuevo hogar para los jóvenes que salen del paterno, y que hallan en los claustros *altera Troia*, otras *simulata Pergama*, como Eneas a pisar las hechiceras comarcas italianas.

Esta condición proviene de nuestros sabios estatutos, de la guarda de nuestras gloriosas tradiciones. Un célebre pedagogo contemporáneo, después de encarecer la necesidad de la disciplina escolar, dice que ésta es de dos especies: una *interior*, nacida de persuasión intelectual, de un libre movimiento del querer perdura durante la vida entera del alumno; la otra disciplina, meramente *externa*, fundada en el interés y el temor, desaparece cuando el estudiante abandona las aulas. De cuál sea la que aquí se practica da testimonio el lucido concurso de esta mesa: más de medio centenar de hijos del Colegio, entre ellos el señor Ministro de Instrucción Pública, honra todos ellos de las ciencias y de las letras, oriundos de las comarcas más apartadas entre sí, seguidores de rumbos diferentes, con encontradas opiniones, habiendo solido luchar unos con otros en la prensa, en la tribuna y aun en los campos de batalla, no son, cuando se trata de su casa solariega, de su Colegio del Rosario, del palacio de la Bordadita, sino un solo corazón y una sola alma.

Como el hombre, por ser limitado, necesita concretar sus afectos, habéis resuelto ponerlos hoy en cabeza del anciano rector. Si estos homenajes se dirigieran a mi humilde persona, los recibiría avergonzado; mas, porque en realidad se tributan al Colegio, los acepto con vivísima complacencia. Gracias, señores y amigos, a vosotros y a todos mis discípulos por tantas delicadas atenciones.

Señor doctor Abadía. Vuestras palabras me han conmovido hondamente, no sólo por lo que en sí encierran, sino porque vuestra amistad es una de las dadas preciosas que la Providencia me ha otorgado.

Brindemos, señores, por el Colegio del Rosario, por sus hijos presentes y ausentes, y por la Patria colombiana, nacida y simbolizada en estos claustros.»

A las tres de la tarde se retiraron los convidados, llevando de la fiesta la más grata impresión. El doctor Corpas, hijo amantísimo del Colegio y actual jefe de la Instrucción Pública, tuvo la feliz idea de presentar a Monseñor Corrasquilla el ejemplar original de la ley, sancionada en el propio día por el señor Presidente, que dispone ayudar al Colegio en la obra de la *Quinta de Mutis*, lugar que dentro de poco tiempo con el favor de Dios y de la Virgen, será uno de los mejores campos de deporte con que cuente nuestra juventud.

**

